

¿Qué pensar?, ¿qué creer en efecto? Los realistas tenían derecho á creer al rey mentiroso ó tráfuga, desertor de su propio partido.

¿El rey no era ya realista ó sacrificaba á su clero, á su fiel nobleza para salvar una apariencia de nobleza?

M. de Bouillé, abandonado con su ejército y cansado de esperar sin recibir instrucciones, cayó en el más profundo abatimiento.

Igual impresión recibieron muchos gentilhombres y oficiales del ejército y la marina, que hartos de su pasividad abandonaron el territorio francés. M. de Bouillé mismo pide permiso para hacer otro tanto, deseando servir en un país extranjero.

El rey le envía á decir entonces que no se vaya porque tendrá necesidad de él. Se había esperado demasiado.

La Revolución parecía concluída el 14 de Julio, parecía concluída el 6 de Octubre y sin embargo estaba ya en el 4 de Febrero. Temo que en Marzo no esté aún terminada.

¿Qué importa? La libertad, adulta y robusta ya, debe temer poco de las resistencias. Acaba de vencer el más temible obstáculo y el más invencible: el desorden y la anarquía.

Ha terminado de pronto el asolamiento de las campiñas y la guerra contra los castillos, que parecía amenazar á la nación entera con una formidable perturbación.

El movimiento de Enero y Febrero está ya apaciguado en Marzo. Mientras el rey se presentaba como única garantía de la paz pública y la Asamblea buscaba y no encontraba medios de consolidarla, Francia misma lo ha hecho todo.

La explosión de la fraternidad se anticipa á las leyes; el nudo que parecía imposible de desatar fué cortado por la magnanimidad de la nación.

Las ciudades enteras armadas habían corrido á defender los castillos y habían protegido á los nobles, sus enemigos.

Continúan las grandes reuniones, más grandes cada día; tan formidables, que sin hacer nada, por el solo hecho de su aparición, deben intimidar á los dos enemigos de Francia: la anarquía y el robo uno, y el otro la contrarrevolución.

No son solamente las más dispersas poblaciones del Mediodía las que se congregan; es la Champaña, cien mil hombres; es la Lorena, cien mil hombres; son los Vosgos, Alsacia, etc.

Movimiento lleno de grandeza, desinteresado y sin celos. Todo se agrupa, todo se une, todo gravita hacia la unidad nacional.

París llama á las provincias queriendo unirse á todas las comunidades. La Bretaña pide el 20 de Marzo que Francia envíe á París un hombre por cada mil. Burdeos ha pedido ya que el 14 de Julio sea declarado fiesta cívica en toda la nación.

Las dos proposiciones se convierten en una. Francia llamará á toda Francia á esta gran fiesta, primera del nuevo culto.



## CAPITULO VI

La reina y Austria.—La reina y Mirabeau —El ejército  
(Marzo-Mayo de 1790)

(CONTINUACIÓN)

Austria se alía á Europa.—Aconseja convencer á Mirabeau (Marzo).—Conducta equívoca de la corte en las negociaciones con Mirabeau.—Mirabeau le asesta nuevos golpes.—Mirabeau poco influyente en los clubs.—Mirabeau ganado (10 de Mayo).—Mirabeau hace dar al rey la iniciativa de la guerra (22 de Mayo).—Entrevista de Mirabeau y de la reina (fin de Mayo).—El soldado fraterniza con el pueblo.—La corte cree ganar al soldado.—Miseria del antiguo ejército.—Insolencia de los oficiales.—Prueban á divorciar al soldado del pueblo.—Rehabilitación del soldado y del marino.

El complot de Favras era el del hermano del rey: el complot de Maillebois (descubierto en Marzo) se refiere al conde de Artois, en la emigración. La corte, sin desconocerlos, parecía seguir más bien el consejo que hallamos en las memorias de Augéard, guardasellos de la reina: engañar, esperar, *aparentar confianza, dejar pasar cinco ó seis semanas.*

La misma consigna en Viena y en París.

Leopoldo hacía negociaciones. Ponía á los gobiernos llamados amigos de la libertad, á los falsos revolucionarios (creo que la Inglaterra y la Prusia) en una prueba muy dura: los colocaba enfrente de la Revolución, y poco á poco ellos iban dejando caer la careta. Leopoldo decía á los ingleses: «¿Queréis que me vea obligado á ceder una parte de los Países Bajos?» Y la Inglaterra, contrariada, retrocedía y sacrificaba ante este temor la esperanza de apoderarse de Ostende. A los prusianos, á los alemanes en general, les decía: «¿Podemos dejar que nuestros príncipes alemanes, posesionados de la Alsacia, pierdan sus derechos feudales?» La Prusia misma, el 16 de Febrero, había ya proclamado el derecho del imperio á pedir cuentas á la Francia.

La Europa entera, con sus dos partidos por una parte, Austria y



Rusia por otra é Inglaterra y Prusia, gravitaban poco á poco hacia un mismo pensamiento, el odio á la Revolución. Sólo había una diferencia: que la liberal Inglaterra, la filosófica Prusia tenían necesidad de algún tiempo para pasar de un polo al otro, para decidirse á claudicar, abjurar, negarse á sí mismas, confesar lo que eran, enemigas de la libertad. Esta respetable lucha de la vergüenza y el pudor debía ser aprovechada por el Austria. Por lo tanto, esperando, había muchísimo que ganar. Todavía un momento, el mundo entero de las buenas gentes iba á encontrarse conforme. Sola entonces, ¿qué haría la Francia? ¡Qué peso tan enorme iba á gravitar sobre ella á todas horas con el Austria, asistida de Europa entera!

Todo se conseguiría dando á los revolucionarios de Francia y de Bélgica buenas palabras para adormecerlos, y si era posible, dividirlos.

Desde que Leopoldo fué emperador (20 de Febrero), desde que publicó su extraño manifiesto en que adoptaba los principios de la revolución belga, y confesaba la legalidad de la insurrección contra el emperador (2 de Marzo) su embajador Morcy d'Argenteau, decidió María Antonieta vencer su repugnancia y acercarse á Mirabeau.

Pero cualquiera que fuese la facilidad de carácter del orador, su eterna necesidad de dinero hacía dificultoso atraérselo. Se le había desdenado y rechazado en el momento en que podía ser útil y se le iba á buscar cuando todo estaba en peligro, quizá perdido.

Se le llamaba para una empresa imposible después de tantas imprudencias y de tres complots abortados.

El embajador de Austria se encargó de hacer que volviese de Bélgica el hombre que mejor podía servir de intermediario, M. de Lamark, amigo personal de Mirabeau y también personalmente adicto á la reina.

Volvió. El 15 de Marzo llevó á Mirabeau las insinuaciones de la corte; lo encontró muy frío. Su buen sentido le hacía comprender que la corte le proponía solamente marcharse con ella.

Apretado por Lamark, le dijo que no se podía asegurar el trono más que apoyándose en la libertad; que si la corte quería otra cosa, él la combatiría lejos de servirla. ¿Qué garantía podía tranquilizarle para en adelante? Acababa él de proclamar delante de la Asamblea cuán poco se fiaba del poder ejecutivo. Para tranquilizarle, Luis XVI escribía á Lamark que él no había deseado nunca más que un poder limitado por las leyes.

Durante esta negociación, la corte llevaba otra con Lafayette. El rey le prometía por escrito la confianza más completa. El 14 de Abril le preguntaba cuáles eran sus ideas sobre la prerrogativa regia. Y Lafayette cometía la simpleza de decirlas.

En serio, ¿qué quería la corte? Divertirse y nada más, adormecer á Lafayette, neutralizar á Mirabeau, atenuar su acción, tenerlo dividido entre dos tendencias diversas, comprometerlo quizá como había com-

prometido á Necker. La corte puso siempre todo su cuidado y su política en perder y arruinar á sus salvadores.

Exactamente en la misma época y de igual manera, el hermano de la reina, Leopoldo, negociaba con los *progresistas* belgas, los comprometía; después, amenazados por el pueblo, denunciados y perseguidos, los llevaba á desear la invasión, el restablecimiento del Austria.

¿Cómo creer que estas negociaciones del hermano y de la hermana, precisamente idénticas, hubieran concordado por casualidad?

Mirabeau debía mirar mucho y doblemente antes de fiarse de la corte. Era el momento en que el rey, cediendo á las exigencias de la Asamblea, la dió el famoso *Libro rojo* (del que hablaremos muy á menudo) y el honor de muchas personas, los pensionistas secretos vieron sus nombres proclamados en las calles. ¿Quién podía asegurar á Mirabeau que la corte no juzgaría más útil alguna vez, dentro de algún tiempo, el publicar también su tratado? La negociación no era, pues, muy tranquilizadora; no se le confiaba nada por completo, y en cambio se le pedían todos sus secretos, el pensamiento de su partido.

Pero no se jugaba así tan fácilmente con aquel hombre. Había que tenerlo ó por amigo ó por enemigo, combatirlo á muerte ó echarse en sus brazos. Cualesquiera que fueren en el fondo sus tendencias realistas, era imposible cegar enteramente á un hombre de tanto espíritu y valor. Marcha esperando; organiza la Revolución; no la falta jamás en los momentos decisivos; se habría podido ganarle; no se podía adormecerle, enervarle, neutralizarle. Cuando la situación hablaba, al instante el Mirabeau vicioso y corrompido, desaparecía; el dios entraba en él, la patria obraba en él y lanzaba el rayo...

En un solo mes (el de Abril) en que la corte traicionaba, chaleneaba y comerciaba, el rayo hirió dos veces.

La primera (que dejamos para el capítulo siguiente, por reunir toda la negociación del clero), es el famoso apóstrofe sobre Carlos IX y la Saint-Barthelimy que está en todas las memorias: «Veo desde aquí la ventana... etc.» ¡Jamás los clérigos habrán recibido golpe tan pesado sobre sus cabezas! (13 de Abril).

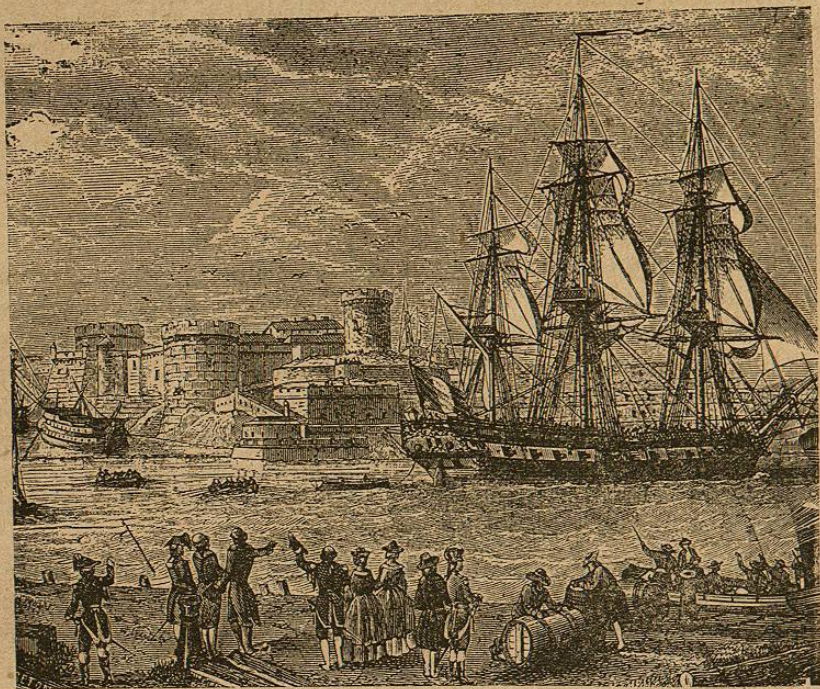
La segunda negociación, no menos grave, fué la cuestión de saber si la Asamblea se disolvería; los poderes de muchos diputados se limitaban á un año, y este año acababa. Ya, antes del 6 de Octubre, se había propuesto (y con razón entonces) disolver la Asamblea. La corte, esperando, expiaba el momento de la disolución, el entreacto, el momento, siempre peligroso, entre la Asamblea que termina y la que aún no existe.

En aquel intervalo, ¿quién reinaría sino el rey? y una vez recobrado el poder y la espada era muy fácil no volver á soltarlos.

Maurry y Cazalés, en sus discursos osados, irritantes y provocativos, preguntaron á la Asamblea si sus poderes eran ilimitados, si se creía una *Convención nacional*.



Insistieron mucho sobre estas distinciones de convención, asamblea y legislatura. Tales argucias lanzaron á Mirabeau á una de aquellas cóleras que llegaban á la sublimidad: «Preguntáis: ¿cómo diputados de la ralea nos hemos constituido en Convención? Responderé: El día en que cerrada nuestra sala, rodeada de bayonetas, corrimos al primer lugar donde pudimos reunirnos y juramos perecer todos... aquel día, si nosotros no éramos ya una Convención, nos hemos convertido en ella... Id á buscar ahora en la vana nomenclatura de los hablistas la defini-



El puerto militar de Brest en tiempo de la Revolución. (Grabado de la época.)

ción de esas palabras: *Convención nacional*... Vosotros conocéis, señores, el rasgo de aquel romano que por salvar á su patria de una gran conspiración había sido acusado de haber traspasado los poderes que las leyes le conferían. Un tribuno capcioso exigió de él juramento de haberlas respetado, creyendo colocar con esta insidiosa petición al cónsul en la alternativa de un perjurio ó de la confesión de la falta. Y el grande hombre dijo: «Juro haber salvado la República.» Pues bien, señores, yo juro que vosotros habéis salvado la nación.»

Ante este magnífico juramento, la Asamblea entera se pone de pie y decreta: «Nada de elecciones hasta que la Constitución esté terminada.»

Los realistas quedaron aterrados. Muchos, sin embargo, creían que la esperanza de su partido, la elección nueva, hubiera podido volverse contra ellos, produciendo una Asamblea más hostil, más violenta. En la inmensa agitación del reino, en aquella ebullición creciente, ¿quién podía hacer vaticinios?...

Sólo la organización de las municipalidades conmovía profundamente á Francia. Apenas se formaban, quedaban organizados á su lado clubs y sociedades para vigilarlas. Sociedades ilegales pero útiles, eminentemente útiles, en aquella crisis; eran órgano é instrumento necesario de la desconfianza pública ante tantos complots, conjuras y conspiraciones.

Los clubs irán aumentando; es preciso, la situación lo exige. En esta época no están todavía en todo su esplendor. Para Francia el momento es sólo de federaciones. Pero ya los clubs reinan en París.

París parece velar por Francia. París, anhelante, avanzado con sus sesenta distritos en asambleas permanentes, escucha y se inquieta; parece el centinela colocado á dos pasos del enemigo. El grito «¡en guardia!» se escucha á cada momento. Dos voces lo lanzan sin cesar. El club de los Cordeliers y el club de los Jacobinos.

En el próximo libro de esta obra penetraremos en estos antros originales; aquí me abstengo de hacerlo.

Los jacobinos no están caracterizados todavía; se encuentran en su primera edad; edad bastarda, constitucional, en la que alcanzan gran influencia entre ellos los Duport y los Lameth.

El carácter principal de estos grandes laboratorios de agitación, de vigilancia pública, de estas poderosas máquinas (hablo sobre todo de los jacobinos), es que, como en toda máquina, la acción colectiva domina mucho á la acción individual; allí el individuo más fuerte, más heroico, se confundía con la masa; perdía su superioridad.

En las sociedades de este género, la medianía activa vale mucho y el genio pesa poco. Acaso, por esto, Mirabeau no iba muy voluntariamente á los clubs, no perteneciendo exclusivamente á ninguno de ellos y haciendo cortas visitas. Pasaba una hora en los Jacobinos, y en la misma noche iba otro rato al club del 89, que tenían desde entonces en el Palais Royal, Sieyes, Bailly, Lafayette, Chapelier y Talleyrand (13-de Mayo).

Club elegante, magnífico, pero de escasa, de ninguna acción. La verdadera fuerza estaba en el viejo convento ennegrecido de los jacobinos. La dominación de intriga, de charlatanería fácil y vulgar que soberanamente ejercía el triunvirato de Duport, Barnave y Lameth, no contribuía poco á hacer á Mirabeau asequible á las sugerencias de la corte.

Hombre de contradicción, ¿qué era en el fondo? Realista; noble, cuando menos. ¿Y cuál era su acción? La contraria; á fogonazos, sin quererlo acaso, destrozaba la realeza.



Difícil era defenderla, porque se hundía de hora en hora. Había perdido á París, y aunque le quedaban en provincias grandes fuerzas dispersas, ¿cómo reunir las y fundirlas? Esto es lo que Mirabeau veía.

Proyectaba Mirabeau organizar una vasta correspondencia á semejanza de la que mantenían los Jacobinos, para anularla. Tal fué la base del tratado de Mirabeau con la corte (10 de Mayo). Hubiera constituido en su casa una especie de ministerio del espíritu público.

Con este objeto ó con este pretexto Mirabeau recibió dinero, un sueldo fijo. Y como estaba en sus costumbres hacerlo todo con audacia, el mal y el bien, se habilitó espléndida casa, coches, mesa siempre puesta y el hotelito de la calzada de Antin que subsiste todavía.

Todo esto era demasiado claro, y lo pareció más cuando desde en medio de la izquierda de la Asamblea se le oyó hablar, de acuerdo con la derecha, por la realeza, pidiendo se le diera la iniciativa de la paz ó la guerra.

En la Constitución que se discutía el rey había perdido el gobierno del interior; perdió después la administración de la justicia; los jueces, como los magistrados municipales, escapaban á su acción, iban á dejar de depender de él. Si se le quitaba la iniciativa de la guerra, ¿qué quedaba á la realeza? He aquí lo que dice Cazalés.

Barnave y los demás del lado opuesto dicen mil razones, pero ocultan la mejor, la más verdadera. Es que el rey era sospechoso; es que la Revolución no se ha hecho sino para romper la espada puesta por la Edad Media en manos del rey; es que de todos los poderes, el más peligroso de dejar en sus manos es la guerra.

El motivo del debate era el siguiente:

Inglaterra se había alarmado al ver á Bélgica tender las manos á Francia. Comenzaba, además, á asustarse, como el emperador y como Prusia, de una Revolución viva, contagiosa, que se infiltraba en los demás pueblos por su ardimiento y por su carácter de generalidad (más que nacional), de aquella Revolución *humana* tan contraria al espíritu inglés.

Un hombre de talento, apasionado y venal, el irlandés Burke, alumno de los jesuitas de Saint-Omer, había pronunciado en la Cámara inglesa una furiosa filípica contra la Revolución, la cual le había sido pagada en metálico contante por su adversario M. Pitt.

Inglaterra no atacó á Francia, pero abandonó á Bélgica en manos del emperador de Austria y fué al fin del mundo, buscando querrela en los mares con España, nuestra aliada.

Luis XVI hizo saber á la Asamblea que iba á armar catorce navíos.

Con este motivo se traba en la Asamblea una larga é inmensa discusión teórica sobre la cuestión general: «¿A quién pertenece la iniciativa de la guerra?» Poco ó nada se habló sobre la cuestión particular, que era, sin embargo, más importante que la general; más apremiante al menos. Todo el mundo en la Asamblea parecía huir de ella, evitarla; todo el mundo tenía miedo de verla, de tocarla.

París no tenía miedo; París la afrontaba cara á cara. Todos los parisienses sentían y decían que si el rey tenía la espada, el ejército y la marina, la Revolución perecería.

Había en París cincuenta mil hombres en las Tullerías, en la plaza Vendome y en la calle de San Honorato, esperando, con inexplicable ansiedad, recoger ávidamente las notas que les arrojaban desde las ventanas de la Asamblea, para hacerles seguir la marcha de la discusión. Todos estaban indignados y exasperados contra Mirabeau. Al entrar el gran orador, un hombre le enseña una cuerda, y al salir, otro le muestra sus pistolas, ambos en señal de amenaza.

Aquel día dió pruebas de sangre fría y de virilidad. En el momento mismo en que Barnave ocupaba la tribuna y pronunciaba uno de sus largos discursos, creyendo haber resuelto el punto discutido, Mirabeau, que no escuchaba, salió de la Asamblea y se fué á pasear en medio de aquella multitud que llenaba las Tullerías; encontró allí á la joven y ardiente madame de Staël, la hija de Necker, que estaba también esperando con el pueblo y se puso tranquilamente á hacerla el amor.

Su valor no mejoraba la causa que defendía. Triunfaba en la cuestión teórica de aquel gran acto de la guerra, en la asociación natural entre el pensamiento y la fuerza, entre la Asamblea y el rey; pero toda aquella metafísica no podía resolver la situación.

Sus enemigos emplearon un medio poco parlamentario, que era casi un asesinato y que ponía en riesgo su vida. Durante aquella noche hicieron escribir é imprimir y repartieron un libelo atroz.

A la mañana siguiente, yendo Mirabeau á la Asamblea, oyó gritar por todas partes: «La gran traición del conde de Mirabeau descubierta.»

Como le había ocurrido siempre, el peligro le inspira admirablemente, y en la Asamblea destroza á sus enemigos con aquel famoso discurso que comienza diciendo: «Se bien que no está lejos del Capitolio la roca Tarpeya...» etc. x x

Triunfa en la cuestión personal. En la cuestión misma del litigio retrocede hábilmente; en el primer turno de una proposición redactada más claramente, hace una retirada, y cediendo en la forma gana en el fondo. Al fin se acordó que el rey tenía el derecho de hacer los *preparativos* de *dirigir* las fuerzas como quisiera y de *proponer* la guerra á la Asamblea, la cual no decidiría nada que no fuera *sancionado* por el rey (22 de Mayo).

Al salir Barnave, Duport y Lameth, que se iban desesperando, fueron aplaudidos, casi llevados en hombros por el pueblo, que creía haber vencido. No tuvieron valor para decir la verdad en aquel momento, porque en realidad la corte era la que había salido ganando.

Acababa de probar, por segunda vez, la fuerza del talento de Mirabeau; en Abril contra ella y en favor de ella en Mayo. En esta última ocasión había hecho esfuerzos sobrehumanos, había sacrificado su popularidad y expuesto su vida. La reina le concedió una entrevista, la